

Estefanía Calderón Sánchez

La subversión del ser cubano: representaciones de la convivencia y los estereotipos socioculturales en *El todo cotidiano* (2010) de Zoé Valdés

Universidad de Costa Rica

tifa1220@gmail.com

Introducción

La literatura caribeña es un espectro de infinitas posibilidades, dado que sus textos permiten, gracias a los diversos temas que desarrollan, cuestionar y deconstruir muchas variables relacionadas con la realidad de esta región. Por ello, en el presente trabajo se analizará la novela *El todo cotidiano* (2010), de la escritora cubana radicada en París Zoé Valdés, con el objetivo de poner en diálogo la noción de convivencia con los múltiples elementos narrativos de esta obra. Lo anterior se realizará desde una mirada transcultural, pues será necesario entrever cuáles personajes y qué lugares entran en juego a la hora de conformar una nueva realidad que supera los límites cubanos.

Consideraciones importantes sobre la isla cubana

Cada vez que se comenta sobre la región caribeña, sale a relucir la riqueza sociocultural de sus países, dado que, desde los primeros años de la conquista europea, ha sido el punto de entrecruzamiento de diversas etnias. Los procesos de la colonización, la esclavitud y las

migraciones han hecho de la zona un espacio que no puede ser considerado un ente monolítico, pues la superposición de diversas culturas desborda cualquier intento por observarlo desde una sola dimensión. En este sentido, las diversas facetas caribeñas provocan que, como lo indica Werner Mackenbach en “Representaciones del Caribe en la narrativa centroamericana contemporánea: entre una perspectiva exterior y una perspectiva interior”, se hable desde los estudios literarios de *Caribes* en plural (112), concepto que subraya su heterogeneidad y dinamismo.

Por ello, cabe destacar que el presente trabajo se centra en la figura de uno de esos *Caribes*: la isla de Cuba, la cual, dentro de la región caribeña insular ha tenido un lugar preponderante, debido a sus particularidades socioculturales. No obstante, para entender las circunstancias que la rodean, es necesario señalar ciertos aspectos que se presentan como vasos comunicantes entre este país y la región latinoamericana. Uno de los más importantes son los discursos identitarios nacionales que, heredados desde los procesos independentistas, han privilegiado un prototipo específico de ciudadano, relacionado con la minoría dominante, en detrimento de las demás etnias. En el artículo “¿De la identidad a la sociabilidad? Representaciones de la convivencia en las literaturas centroamericanas y caribeñas”, Mackenbach expone que, en la literatura, este fenómeno ha provocado que una gran mayoría de obras se escriban desde una mirada exterior (ver 184), puesto que la oficialidad o, incluso, ciertas voces extranjeras han hablado por la mayoría de los habitantes. Asimismo, la complejidad de los discursos nacionales no solo daña la imagen de los grupos marginados, sino que influye en la dinámica general, ya que, al fin y al cabo, todos los sujetos están delimitados por los imaginarios sociales que heredan.

En el caso de Cuba, las circunstancias históricas que rodean a esta isla –la presencia española, el conflicto con Estados Unidos y la Revolución cubana, entre otras– la instauran como un punto paradigmático en Latinoamérica. Incluso, la idea de esta nación como un espacio beligerante, revolucionario y exótico, la han convertido, dentro del ámbito literario, en un asunto atrayente para el lector europeo e, incluso, para el latinoamericano. No obstante, el retrato

tradicional que se ha tenido de esta nación no es solo una construcción extranjera, sino que también sus grupos sociopolíticos dominantes han cimentado un prototipo de “ser cubano” que responde a sus intereses ideológicos. Dentro de este ámbito, la figura de la Revolución cubana es un punto importante para entender la dinámica sociocultural del país, puesto que sus repercusiones han traspasado toda la concepción sobre la isla. Por esta razón, la cubana María Isabel Domínguez explica que, incluso más de cuarenta años después de este hecho, todavía la representación del cubano está intrínsecamente unida a los ideales propuestos por el gobierno castrista (ver 14).

En este sentido, la autora también destaca que, dentro de esta imagen conservadora de “ser cubano”, el compromiso político y el sentimiento de lealtad incuestionable hacia Cuba son dos de sus bases más significativas, ya que se buscó reproducir un imaginario que evidenciara la importancia del apoyo al gobierno y el orgullo por ser un ciudadano cubano (ver 15). Asimismo, se ha subrayado que, a pesar de los discursos integradores y solidarios que se reprodujeron desde las instancias de poder, lo cierto es que ese retrato de “ser cubano” también se marcó desde el inicio por una idea de “blancura” que, de alguna u otra medida, ha sido interiorizada por todos los grupos sociales (ver Morales 10). Por esta razón, al igual que ocurre en otras naciones latinoamericanas, la imagen de la gran mayoría de grupos étnicos es invisibilizada a favor de otra que tiende a imponer una homogeneidad nacional.

Sin embargo, en este punto es fundamental subrayar que, desde diferentes espacios intelectuales, los conceptos anteriores han sido puestos bajo cuestionamiento, porque diversas investigaciones muestran que la realidad cubana y, por extensión, la caribeña y latinoamericana sobrepasan esos discursos artificiosos. Incluso, muchos de esos textos han tenido una repercusión más allá del ámbito académico, pues sus críticas han ayudado a que diversos grupos lucharan por su reivindicación social. Para ejemplificar esta vertiente, es pertinente mencionar la labor del académico cubano Fernando Ortiz, quien dedicó gran parte de su obra a deconstruir diversas concepciones sociales.

Entre sus aportes, uno de los más relevantes es su obra *Contrapunteo del tabaco y el azúcar* (1940) donde profundiza el concepto de transculturación y lo relaciona con la cultura cubana. En este texto, indica que la historia del país se caracteriza por la comunicación de diversas culturas, lo cual provoca un sincretismo cultural que se engloba al hablar de transculturación. Este concepto, según el autor, hace referencia a:

[...] los variadísimos fenómenos que se originan en Cuba por las complejísimas transmutaciones de culturas que aquí se verifican, sin conocer las cuales es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual y en los demás aspectos de su vida (86).

Esta idea permite entrever que, para comprender la realidad caribeña y latinoamericana, es necesario tener presente la complejidad de las relaciones sociales, dado que en estas regiones entran en juego una gran cantidad de perspectivas, tradiciones y espacios que traspasan los límites, incluso, entre países. Asimismo, planteamientos como los de Ortiz evidencian, desde los estudios literarios, la necesidad de observar los espacios narrativos como lugares donde todo este dinamismo está presente, por lo que, entre los presupuestos teóricos válidos, la noción de convivencia surge como una perspectiva fundamental.

La convivencia: una ventana para comprender la dinámica caribeña

Dentro de esta búsqueda de un nuevo panorama para comprender las dinámicas sociales, y, en consonancia con la reflexión de Ortiz, la propuesta del alemán Omar Ette también permite entrever la importancia de un cambio desde la perspectiva académica. Este autor explica, en su texto “Literature as knowledge for Living, Literary Studies as Science for Living”, que los estudios literarios actuales tienen una tarea importante: examinar las diversas relaciones que se establecen entre culturas diferentes que viven en un mismo espacio (ver 983). En este sentido,

Ette demuestra que lo que él denomina *knowledge of living* tiene que ver con la búsqueda de similitudes y diferencias entre diversos grupos para vislumbrar que las experiencias de vida no tiene una sola lógica (ver 986), es decir, incluyen muchas variables que forman parte del saber que se va adquiriendo.

En relación con estas nociones, en otro artículo titulado “Memoria, Historia, Saberes de la Convivencia. Del saber con/vivir de la literatura”, Ette subraya que en los espacios literarios “se pueden encontrar gnosemas elementales de un saber vivir, un saber sobre/vivir y un saber con/vivir, que son de crucial importancia para el futuro de nuestro planeta y sus diferentes manifestaciones de vida” (545). Lo anterior permite ver que la literatura se construye como un medio donde se ven envueltas diversas representaciones de mundo y cómo estas conviven en diversos espacios que ya no son exclusivos de un solo grupo o etnia.

Debido a esto, los textos literarios se convierten en espacios donde los imaginarios colectivos, tanto los nacionales como los pertenecientes a diversos grupos étnicos, se deconstruyen, dado que se muestra cómo estos artificios sociales son insuficientes para entender todas las variantes que intervienen en las dinámicas sociales. Por esta razón, la convivencia – término que se remonta a la interacción de diversas culturales en la España medieval (ver Mackenbach, “De la identidad” 183)– se establece como una perspectiva que permite, sin necesidad de recurrir a discursos tradicionales, reflexionar acerca de las interacciones sociales que se establecen en diferentes espacios narrativos. Estos, en última instancia, interpelan a sus lectores, quienes, de un modo u otro, pueden relacionar lo representado en los textos literarios con sus propias realidades.

Así, Mackenbach plantea que, sobre todo a partir del último tercio de siglo XX, se han publicado textos centroamericanos y caribeños que, debido a sus cuestionamientos, por ejemplo, hacia las identidades nacionales, deben ser estudiados desde enfoques transnacionales, transterritoriales o transculturales con el fin de analizar las posibilidades de convivencia que se construyen a través de la diversidad (ver “De la identidad” 192-193). No obstante, cabe destacar

que estas convivencias no pueden verse como idílicas, pues también pueden darse conflictos o romperse la armonía de los grupos (ver Ette, “Memoria” 545), todo esto como parte de la evolución sociocultural de los pueblos. En este sentido, la convivencia no busca una lectura parcial del espacio que privilegie una imagen de armonía, sino que demuestra la inestabilidad de las dinámicas sociales.

Ahora bien, una vez planteados los lineamientos principales sobre la noción de convivencia, es importante destacar que estos son de gran utilidad para comprender el espacio literario de la novela de Zoé Valdés *El todo cotidiano* (2010). Este texto, escrito por una cubana que vive en París, es parte de la vertiente literaria que, al romper con muchos de los lazos territoriales y culturales, propone una nueva mirada hacia la concepción de “ser cubano” mencionada en el primer apartado. Incluso, la obra permite observar diferentes convivencias, dado que presenta diversos espacios a través de una voz femenina, Yocandra, que busca, en última instancia, obtener la libertad.

Miami: microuniverso de desencanto y rechazo

Desde el primer capítulo, el viaje y los deseos de Yocandra por encontrar un nuevo espacio van a estar marcados por una concepción sobre el territorio cubano que llega a definir a la isla como la antagonista principal. Lo anterior se justifica gracias a que Cuba, debido a la situación política y económica, se ha convertido en ese punto negativo del cual la protagonista quiere escapar para siempre. Incluso, cabe destacar que uno de los principales adjetivos que se le da al territorio aparece en las primeras líneas de la novela, las cuales sintetizan la desesperación de una mujer que busca una vida mejor: “Ella huyó de Aquella Isla: una isla que quiso construir el paraíso y creó el infierno.” (Valdés 13). En este sentido, la personificación de Cuba como una zona infernal justifica la desesperanza y las acciones extremas que realiza el personaje por salir de ahí. Por

ejemplo, el hecho de que ella decidiera poner su vida en peligro al viajar en una balsa en mal estado denota que, incluso, la muerte es mejor que quedarse en su país.

Este hecho, de primera entrada, viene a transgredir con la imagen de ser cubano descrita en el primer apartado, dado que se está rompiendo con los lazos de lealtad hacia su propia nación. Esto evidencia que, dentro de la novela, la representación de Cuba no cumple en lo absoluto con la idea de una abnegación completa hacia la patria. Según el profesor alemán Dieter Ingenschay, esta visión negativa sobre el país de origen es común de muchas obras que se conocen como “Literatura en el exilio” en las cuales los autores, debido a las difíciles situaciones que provocaron su partida, llegan incluso a hablar con odio de sus países (ver 2). Asimismo, cabe destacar que este autor, haciendo referencia a las particularidades de la literatura cubana del exilio, rescata que la escritura de Valdés se inscribe dentro de lo que denomina como “la estética de la ruina”. Esta perspectiva se refiere a las obras de escritores cubanos que, al vivir en Europa, responden a las exigencias, en especial, de un lector europeo que le atrae la reproducción de ciertos discursos tradicionales atribuidos a Cuba, entre ellos el exotismo, la pobreza y, por supuesto, la Revolución cubana (ver 7).

Estos dos puntos, la imagen de la patria y la reproducción de ciertos discursos, no pueden ser dejados de lado al analizar la presente novela, dado que son elementos fundamentales para comprender sus diversos espacios narrativos. Por esta razón, es transcendental no perderlos de vista, puesto que serán dos constantes que se retomarán en este apartado y los restantes. Por ahora, lo importante es examinar el viaje que, a partir de la huida de Cuba, marca las experiencias de Yocandra. En este sentido, la novela entra el diálogo con otras obras que evidencian los movimientos migratorios que experimentan una gran cantidad de caribeños y latinoamericanos. Estos procesos provocan que los individuos entren en contacto con otras etnias, lo cual, como lo indica Mackenbach, influye a que se den nuevas superposiciones culturales que problematizan aun más la imagen de identidad nacional (“De la identidad” 190-191).

En la novela, el viaje en balsa lleva a Yocandra a Miami, ciudad que alberga una cantidad considerable de inmigrantes y representa el primer punto de una nueva convivencia entre el personaje y un espacio social inexplorado. Sin embargo, este lugar, desde el inicio, posee una caracterización particular, porque la protagonista lo concibe como un punto donde salen a relucir muchos elementos negativos del cubano, como se observa en la siguiente cita:

Yocandra repeló desde el primer día a Miami, y Miami a ella [...] todos los demás se habían vuelto idiotas o gente burda interesada únicamente por la ascendencia social y, una vez allí, se olvidaban de lo que habían pasado en Cuba e, incluso, algunos hasta se volvían más castristas que los propios castristas. (Valdés 15).

En este pasaje se muestran dos visiones importantes que permean toda la novela. En primer lugar, la protagonista siempre mostrará una actitud completamente de rechazo hacia Miami, puesto que esta ciudad estadounidense se verá como un lugar hostil que ahoga y no permite que la protagonista alcance su libertad. Incluso, el ambiente que se representa en la obra con respecto a Miami llega en un punto a compararse con la hostilidad que se vive en La Habana y la instancia narrativa indica: “En más de una ocasión estuvo a punto de lanzarse al mar de nuevo y nadar las noventa millas al revés, de regreso.” (Valdés 17). Lo anterior evidencia que, ante los ojos de la protagonista, la opresión y la vida en esa ciudad estadounidense llegan a ser peores que la isla que considera un infierno.

En segundo lugar, cabe destacar que la imagen negativa de Miami está relacionada con la noción específica de ser cubano que se representa en este primer espacio. Para Yocandra, este sujeto caribeño que vive en la ciudad se convierte prácticamente en un ser indeseado y en el símbolo que contiene todo lo negativo, tanto de su país como de lo latinoamericano. Lo anterior es muy importante para comprender la visión de Yocandra, quien, en gran medida, se va a caracterizar por rechazar todo lo que venga de Cuba y Latinoamérica. Este hecho se ejemplifica

en una impresión bastante sugerente que tiene la protagonista con respecto a los cambios que observa en Miami:

Soportaba mejor la calle Ocho, hasta que se fue llenando de parquímetros, de nicas, bolivianos, guatemaltecos y, lo peor, cubanos de última generación que transportaban su mierda castrista y, si les daban un tantito así, ponían en cada cuadra un comité. (Valdés 16).

Esta cita evidencia que el personaje principal llega a describir a los latinoamericanos como seres que, en lugar de mejorar un espacio, lo que hacen es dañarlo. Lo anterior permite ir perfilando que la convivencia que se representa en Miami es totalmente conflictiva, dado que Yocandra censura a todos los sujetos que poseen raíces culturales similares a las suyas. Asimismo, esto no va a permitir que ella se sienta parte del espacio, pues evidentemente el desprecio que siente hacia esa población de Miami la hace sentirse como un ser totalmente enajenado. Por esta razón, es importante observar que la novela muestra cómo la búsqueda de un nuevo espacio no parte de un vínculo inquebrantable con sus compatriotas, sino, más bien, es un proceso individual que no busca reproducir necesariamente, por lo menos en el espacio estadounidense, la idea de fraternidad cubana.

Ahora bien, las acciones desarrolladas en Miami también permiten entrever más características que se le adjudican a la comunidad cubana, la cual nunca llega a ser vista de manera diferente a los habitantes de la isla; es decir, se presenta una mirada sobre el cubano en general que le da a todos, exiliados o no, los mismos defectos. En este sentido, las representaciones de este texto parten de un discurso bastante unidireccional, puesto que se destaca por mostrar repetidamente todos los vicios del pueblo cubano e, incluso, acusarlos como los culpables de la situación del país. Por ello, se considera que la obra reproduce una cantidad considerable de retratos estereotipados sobre estos individuos. Eso sí, hay que dejar claro que lo que se concibe como estereotipo dentro de este trabajo son las imágenes que, en lugar de presentar la heterogeneidad de un grupo, reproducen imaginarios parciales que usualmente solo

denotan aspectos humillantes o negativos sobre la comunidad (ver Jiménez 47-48). Debido a esto, este tipo de reproducciones no permiten, por ejemplo, observar los cambios socioculturales que han vivido los grupos étnicos gracias a los hechos históricos recientes.

En este sentido, a pesar de que la investigadora Marifeli Pérez, por ejemplo, explique que la comunidad cubana en Miami ha vivido un proceso de cambio, sobre todo las generaciones más jóvenes, donde la Revolución y los problemas políticos han dejado de ser temas centrales de su idiosincrasia (ver 2), lo cierto es que en la novela todavía permean esos imaginarios. Así, por ejemplo, la persecución e, incluso, la hipocresía engloban las construcciones estereotipadas presentes en el texto, las cuales pueden ejemplificarse con cuatro elementos. El primero es la falta de sentido político, lo cual, para la protagonista, evidencia, a su vez, la falta de seriedad de todo el pueblo cubano: “De nada vale ser político en un ambiente cubano; los cubanos hemos perdido el sentido de todo, pero de la política, no estaba tan segura de que lo hubiera tenido alguna vez.” (Valdés 3). Esta cita muestra que la novela representa a un cubano incapaz de poder tomar decisiones políticas, lo cual es una referencia al gobierno castrista, porque se deja entrever que, si el cubano supiera algo de política, no permitiría gobernantes como los hermanos Castro.

El segundo es la falta de fraternidad y solidaridad de la comunidad cubana, la cual se visualiza como un grupo excluyente, egoísta e, incluso, tóxico. Dentro de esta categoría, el cubano llega a ser comparado como un espía, en el sentido de que es capaz de entregar a cualquiera con tal de salvarse: “No le hagas un favor a un cubano, te lo pagará con una puñalada tramera, con un informe, cualquiera que éste sea y dirigido a quien sea.” (Valdés 18). Así, el cubano se instaura como un sujeto que, debido a las circunstancias sociopolíticas de la isla, ha aprendido a traicionar con tal de sobrevivir. Unido a esto, se habla también de esta población caribeña como un ser chismoso por excelencia: “Si en Cuba el deporte nacional es el chisme, en Miami se la pasaban de una Olimpiada en otra [...]” (Valdés 17). De esta manera, queda inscrito como un especialista en meterse en la vida de los demás y, por ende, como alguien que hay que evitar.

El tercer elemento está inscrito en un pasaje muy particular de la novela donde la protagonista observa un grupo de cubanos comiendo en un sillón de *Ikea*, marca popular estadounidense, y los compara con una bandada de animales:

[...] Milagro que los safaris no se habían puesto otra vez de moda, en Miami, digo; el universo de segurosos cubanos, que tal parecía creado expresamente por un célebre modisto francés de origen argelino [...] (Valdés 19).

Lo interesante de esta comparación es que, además de evidenciar, como el resto de las citas mencionadas, una imagen negativa del cubano, muestra a este personaje como un elemento que se ajusta a la mirada europea, dado que se cita como una construcción que calza con el molde construido por y para ojos extranjeros.

El último elemento que ayuda a englobar toda esta visión sobre el cubano se da cuando la protagonista está por irse de Miami y reflexiona sobre la causa de los problemas: “Así las cosas, Yocandra llegó a la conclusión de que el problema de los cubanos eran ellos mismos, incluyéndose.” (Valdés 19). Desde su perspectiva, se puede observar que la noción de “ser cubano” está traspasada por una carga completamente negativa, pues la novela posee un discurso desencantado con la herencia de esta isla. Esto no permite hablar ni de una reivindicación de la cultura ni de una convivencia positiva con sus coetáneos, lo cual, unido a la imagen de Miami, incide en que Yocandra busque huir y escapar a su lugar ideal: París.

Sin embargo, este cambio no está exento de un tono irónico, puesto que, aunque la protagonista sube al avión usando un traje al estilo europeo y piensa que se librá de estar rodeada de cubanos, ocurre todo lo contrario: “La alegría le duró poco, porque de inmediato el avión se llenó de cubanos obesos en bermudas y tenis [...] Se le derrumbaron las alas del corazón cuando vio ese burujón de cubanos gritones.” (Valdés 25). De nuevo, la idea de los cubanos como seres indeseables entra en juego y, por más que la protagonista trate de librarse de ellos, siempre los va a encontrar. Por ello, en el siguiente apartado será interesante observar si el

cambio hacia en un espacio europeo logra representar una convivencia pacífica con el cubano, lo caribeño o, al menos, lo latinoamericano en general.

La idealización del espacio europeo

La presencia de París dentro de la tradición literaria cubana no es gratuita, dado que diversos teóricos la han señalado como un tópico recurrente en esta literatura. En este sentido, Andrea Gremels indica que en Cuba la cultura francesa siempre ha tenido gran prestigio, pues, no solo esa ciudad ha sido el lugar de residencia de muchos escritores cubanos, como Alejo Carpentier, sino que también es un modelo literario que ha influido en la escritura de toda la región latinoamericana (ver 374). Sin embargo, la autora también señala que la presentación parisina de muchos textos literarios responde a la visión particular de los escritores, quienes deconstruyen el mito tradicional sobre París y lo convierten en un espectro donde entran en juego diversas culturas (ver 375).

Lo anterior es una particularidad muy presente en la novela, dado que esta obra de Valdés representa un París que dista de ser una ciudad conservadora, sino que se instaura como un espacio donde se superponen muchas tradiciones. Este hecho se observa desde el primer segmento de la novela donde se presenta una visión diferente de la ciudad parisina:

París era una rumba a orillas del Sena, los tambores batá repiqueteaban a lo largo del río, de la ría, agua hembra, con sus muslos moviéndose cubiertos con unas medias finas [...] Y el bembé en celebración de Oshún, Changó, Elegguá, Babalú, Ayé, Yemayá, Obbatalá, hacía eco, un eco desosegado [...] (Valdés 12).

Esta cita muestra un retrato que responde a un discurso que subvierte el imaginario tradicional. En este caso, París se personifica a través de una figura femenina sensual, lo cual, según Gremels, se relaciona con la imagen de “puta babilónica” que, desde Víctor Hugo y Émile Zola, instaura a esta metrópoli como una mujer pecaminosa y seductora (ver 375). Sin embargo,

cabe destacar que esta figura femenina hace referencia, no a una fiesta europea, sino a una rumba cubana donde, como se vio en la cita, se honra una cantidad importante de deidades africanas provenientes de la mitología yoruba. En este sentido, París se construye como el punto donde se da, en palabras de Severo Sarduy, un entrecruzamiento de lenguajes (ver 176), que, en este caso, pone en diálogo lo africano, lo cubano y lo europeo.

Ahora bien, este París transcultural es donde Yocandra se sumerge luego de su paso por Miami y ahí se perfila una nueva configuración sobre la convivencia. Al inicio, cuando la protagonista llega a su nuevo apartamento, es importante mencionar que, de nuevo, la figura del cubano entra en escena. En este caso, la mayoría de los inquilinos del edificio son de esta nacionalidad, lo cual provoca que Yocandra se resista de primera entrada a vivir en ese lugar. Dentro de este segundo rechazo, los cubanos exiliados en París, aunque en menor proporción que los de Miami, siguen siendo representados a través de imágenes estereotipadas, relacionadas, sobre todo, con la política y la Revolución. En este sentido, se continúa viendo al cubano como un ser problemático y bullicioso que no aprende de sus errores, como lo expone la instancia narrativa: “yo me quería evaporar. Porque así somos, con nuestro tacto podríamos desatar unas cuantas guerras [...] El resto ha sido una soberbia metida de pata tras otra” (Valdés 47). Por ello, cabe destacar que la figura de este habitante caribeño no supera los defectos políticos y socioculturales que se subrayaron en el apartado anterior.

Sin embargo, la oportunidad de vivir en un ambiente europeo, alejado de Miami o, incluso, de Cuba, permite que la protagonista poco a poco vaya construyendo una convivencia agradable con sus coetáneos, quienes, a pesar de los defectos que se le adjudican, hacen que Yocandra se sienta cómoda en ese vecindario parisino:

No podía creerlo. Me encontraba en pleno escándalo solariego. Y, para qué disimular, finalmente, me sentí en mi ambiente. ¿Por qué negar lo que jamás podré ocultar, que soy tan chancletera como cualquiera de ellos? (Valdés 65).

Esta cita permite indicar que, por más que la protagonista huya, siempre hay una parte de su ser que va a estar relacionado con su nación, si bien ella utiliza un calificativo despectivo, “chancletera”, para definirse a ella y a sus compatriotas.

No obstante, es importante mencionar que esta convivencia también tiene otro componente importante: el contacto con otros habitantes extranjeros. Además de los franceses, la novela también presenta grupos de inmigrantes –musulmanes, polacos, noruegos y rusos, entre otros–, los cuales viven también en el edificio y los alrededores. Estos habitantes, junto con los cubanos, llegan a fundar una comunidad que, dentro de París, es un nuevo microuniverso transcultural. En este sentido, la novela posee diferentes pasajes donde se da la superposición de tradiciones y perspectivas sin que exista una voz que las oprima. Por ejemplo, cuando se instala una piscina en el edificio, eso da pie para que todos los vecinos, cubanos o no, comiencen a mostrar una especie de espíritu fraterno, conversen por largas horas o, incluso, prueben la comida de otros lugares (ver Valdés 77-78).

Eso sí, esta convivencia transcultural tiene sus límites, puesto que nunca se llega a instaurar con otros individuos caribeños o latinoamericanos. Sin mencionar a un brasileño que vive en el edificio, la presencia de habitantes de otras regiones de América Latina es nula, hecho que permite demostrar que en la novela no existe un diálogo con otras culturas del continente. Como parte de esta característica, es fundamental destacar que, en uno de los sueños de Yocandra, se ve plasmada esta perspectiva: *“Je trouve que nous, les Cubains, nous avons beaucoup plus de choses en commun avec les Tchèques, et les Polonais, et les Russes aussi, en fin avec les gens de l’Est, qu’avec les Latino-américains.”* (Valdés 140). Obsérvese que, desde la mirada de la protagonista, los cubanos no poseen vasos comunicantes con ninguna región de América Latina, sino que considera como pueblos afines a los de Europa del Este. Lo anterior, según Gremels, es otra de las características tradicionales del discurso cubano, el cual, como base para construir un modelo de nación, siempre ha puesto sus ojos en Europa (ver 374) y dejado de lado sus relaciones con los territorios cercanos.

Ahora bien, como último punto de este apartado, es necesario destacar cómo se trabaja el tema de la Revolución y el gobierno castrista. Al igual que ocurre en las representaciones de Miami, relacionar a un sujeto con la política cubana es igualarlo a un ser indeseable, dado que el compromiso político se observa como un elemento completamente negativo. El primer ejemplo que se menciona es la breve aparición de un sujeto latinoamericano, un colombiano, que Yocandra conoce un día en un oficina. Este sujeto le comenta con admiración que conoce al comandante Castro, lo cual, para la madre de la protagonista, es una ofensa y considera al joven una “llaga leprosa” de la cual tenía que alejarse (ver Valdés 103). Esta particularidad subraya de nuevo la separación de Yocandra con el resto de América Latina, pues es muy sugerente que, como ocurrió en el apartado anterior, el latinoamericano solo se mencione para ilustrar discursos negativos.

Incluso, el mismo cubano vuelve a presentarse como un ser que traiciona a su pueblo, dado que, con tal de tener una cierta posición y salvarse, no le importa estar a favor de Castro. Esto se ejemplifica con la figura del escritor cubano que vive en la isla en quien, según la perspectiva de Yocandra, no se puede confiar. Cuando ella regresa a París de su segundo viaje a Estados Unidos, ve un programa televisivo en el cual autores cubanos y europeos están discutiendo sobre la situación de Cuba y, como los primeros defienden la Revolución, la protagonista concluye: “Por suerte, en el programa estaban otros escritores españoles que conocían la realidad cubana, al parecer, mejor que los propios cubanos, que eran comprados, con toda claridad, por el régimen.” (Valdés 259). En este sentido, es interesante ver que, en la novela, Europa, ya sea a través de la ciudad parisina o las voces de esos intelectuales europeos, se construye como un espacio que sí permite transgredir la opresión vivida en el territorio caribeño y, por ello, es símbolo de una cierta libertad, mientras que lo cubano y lo latinoamericano siempre tiene tintes negativos.

Además, cabe mencionar que la convivencia positiva que se da en el espacio parisino se ve flaqueada por la aparición de dos personajes que, por su conexión al gobierno castrista, mantienen la opresión del régimen: la Sabandija Cubana y Fidel Raúl. Aquí, es significativo

recalcar lo sugerente de sus nombres, dado que, mientras el primero tiene un calificativo que lo iguala a un criminal, el segundo, dañado al doble por sus dos nombres (ver Valdés 132), hace referencia a los hermanos Castro. Ambos se descubren como dos espías prototípicos del gobierno, cuya única tarea es dañar a sus compatriotas. En este sentido, cabe destacar que, si bien la novela quebranta, sobre todo con la caracterización de Yocandra, dos de los presupuestos sobre el “ser cubano” mencionados al inicio del trabajo –la abnegación a la patria y el compromiso político–, lo cierto es que la Revolución sigue delimitando el accionar del cubano; es decir, se da una división tajante entre todos los personajes que no deja ver ninguna otra posibilidad: se es o no partidario del régimen.

El discurso subversivo como símbolo de la libertad

Como último punto del presente artículo, es importante destacar que, aun con la presencia asfixiante del gobierno castrista, la novela también presenta una cantidad importante de recursos narrativos que permiten transgredir al discurso oficial relacionado, sobre todo, con la imagen nacional. En este sentido, uno de los puntos más importantes es la parodia, elemento que Sarduy describe como un procedimiento que abala deconstruir y confrontar todo lo oficial (ver 175). En el caso del texto en análisis, esta herramienta carnavalesca se centra en la subversión de dos figuras relevantes para la historia cubana: Fidel Castro y José Martí. Por un lado, el primero se presenta como un ser débil e inepto, lo cual se señala cuando la protagonista ve una imagen del expresidente en la televisión:

[...] Fidel Castro vestido deportivamente con la marca Adidas (Asociación De Idiotas Asesinos Sicópatas) de color rojo tomate, sumamente debilitado. Parecía un muerto viviente, acompañado del alcohólico del hermanazo y del ultramegacomemierda de Hugo Chávez, quien, haciendo monería, brincoteaba a su lado. (Valdés 232).

Incluso, lo paródico de este pasaje se lleva a otro punto, dado que se utiliza un símbolo extratextual –el nombre de una marca deportiva reconocida– con el fin de hacer un juego lingüístico que permite darle un nuevo significado a sus letras y burlarse de esa figura de poder. Por otro lado, un intelectual del renombre de José Martí se presenta como un sujeto que, harto de ser utilizado como símbolo para diversas causas injustas, decide reencarnar en La Habana como un transexual llamado Reina Luisa Tamayo Tánger (ver Valdés 229) con el objetivo de desobedecer el orden social opresivo de la isla. En este sentido, se toma un símbolo tan importante del discurso nacionalista cubano para cuestionar y jugar con el imaginario sociocultural de este país caribeño.

Otros dos elementos importantes que subvierten la noción tradicional de ser cubano tienen que ver con la apropiación que hace Yocandra de ciertos elementos del espacio francés. Después de hacer su segundo viaje por Estados Unidos, el cual le demuestra, entre otras cosas, su gran incompatibilidad con la población cubana que vive en ese país, la protagonista siente deseos de regresar a París. Cuando por fin lo logra, expresa una dicha inmensa: “¡Por fin llegué a París! ¡A mi París! ¡Qué manera de amar esta ciudad! ¡Me siento una parisina-habanera! ¿No debería decir habanera-parisina?” (Valdés 242). En este caso, el juego con el orden de los gentilicios es muy sugerente, pues el hecho de que la instancia narrativa no sepa si se siente más habanera o más parisina muestra que, como se expuso en el segundo apartado, la definición de los individuos solo a partir de su afiliación con su país o su etnia se vuelve extremadamente complicada. Gracias a las nuevas dinámicas sociales que se originan con los procesos migratorios, los individuos van interiorizando diversas concepciones que surgen de su nuevo espacio de residencia y que se alejan de los límites impuestos por los imaginarios nacionalistas.

Incluso, este proceso no solo se ejemplifica en la novela con el personaje de Yocandra y su vida en París, sino que también se muestra en otros espacios. Uno de los ejemplos más representativos ocurre cuando la protagonista está en Nueva York y va al Barrio Chino. En este lugar, ella encuentra “un grupo de chinos que hablaban perfectamente con acento cubano, eran

exiliados cubanos, antes sus abuelos fueron exiliados chinos, o sus abuelos, no entendí bien la historia [...]” (Valdés 238). De nuevo, este pasaje ayuda a observar el sincretismo cultural que, desde Fernando Ortiz, se ha señalado como característica de la isla cubana, pues se habla de una etnia asiática que, aunque tradicionalmente se ha invisibilizado, también ha sido fundamental en las transformaciones socioculturales del Caribe.

Por último, cabe mencionar que otro elemento que permite evocar un discurso transgresor tiene que ver con la superposición de idiomas. En este caso, como se observó en la cita sobre la relación de Cuba y Europa del Este del apartado anterior, el francés se inserta como otro elemento que llega a definir a la protagonista y se inserta como el lenguaje de sus sueños: “Mi país eran mis palabras, y ahora ellas me ofrecían otro país, otro refugio, otro idioma.” (Valdés 138). Esta lengua, al igual que los demás ejemplos, es una herramienta que ayuda a Yocandra a construir una especie de libertad que, a través de la palabra, le permite revelarse contra todo el discurso tradicional.

En este sentido, Ana Arandela destaca que Valdés, sin importar que escriba desde el extranjero, se une a la voz de otras escritoras cubanas, como Diana Chivarro, que luchan contra la opresión hacia la mujer por medio de un discurso que vela por la libertad del sujeto femenino (ver 25). En el caso de la presente novela, esa transgresión hay que extrapolarla también a los discursos identitarios, porque permite discutir, ya sea desde una mirada negativa o positiva, muchos de los imaginarios cubanos y, hasta cierto punto, latinoamericanos.

Conclusiones

Una vez realizado el análisis, es necesario destacar ciertos puntos que se pueden concluir a partir de las representaciones destacadas en la novela de Valdés. En primer lugar, esta obra sí permite hablar de una perspectiva transcultural, puesto que la configuración de las diferentes convivencias destacan la presencia de nuevos espacios y culturas que sobrepasan el discurso

identitario cubano tradicional. Sin embargo, en segundo lugar, es importante subrayar que esta comunicación que se establece con otras culturales es un diálogo transnacional atlántico, dado que la novela siempre mantiene una perspectiva que reivindica lo europeo, pero no lo caribeño o lo latinoamericano. Debido a esto, se deja de lado todas las variantes socioculturales que unen a Cuba con América Latina para establecer vasos comunicantes con culturas que, desde la mirada de la protagonista, sí se consideran como positivas.

En tercer lugar, la novela tampoco se caracteriza por reivindicar la cultura cubana, ya que gran parte de sus pasajes se caracterizan por reproducir una serie de estereotipos que delimitan la imagen de esta cultura y la convierten en una herencia caribeña negativa. En cuarto lugar, no se puede negar que el texto transgrede elementos de la imagen de ser cubano, como la lealtad hacia la imagen de la patria o el compromiso político. No obstante, al mismo tiempo, continúa reproduciendo una visión del pueblo cubano como una comunidad que no puede escapar de la influencia de la Revolución. En este sentido, desde el imaginario del texto, este hecho histórico todavía determina las acciones de la población y no permite ver las diferentes perspectivas y actitudes de estos individuos.

Para entender esta perspectiva, en último lugar, no hay que dejar de lado lo propuesto por Ingenschay con respecto al público al cual responde la escritura de Valdés, puesto que se comprende que, si responde a un lector europeo, se cumplan con ciertos temas de interés que, incluso, ya no están relacionados con la realidad de esta colectividad caribeña. Aun con estas delimitaciones, la novela analizada permite acercarse desde una posición particular a la cornucopia rebotante que encarna el Caribe, dado que es una de las muchas lecturas que conforman las perspectivas desde las cuales se lee y se analiza la heterogénea región caribeña.

Bibliografía

Barandela, Ana. "Escritoras cubanas: Un viaje desde el siglo XVIII hasta la actualidad". *Revista Códice. I Congreso Virtual sobre Historia de las mujeres* 1 (2009): 1-31. <http://www.revistacodice.es/publi_virtuales/i_con_h_mujeres/documentos/comunicaciones/comubarandela.pdf>.

Ette, Omar. "Literature as knowledge for Living, Literary Studies as Science for Living". *Modern Language Association of America* 125.4 (2010): 977-973.

Ette, Omar. "Memoria, Historia, Saberes de la Convivencia. Del saber con/vivir de la literatura". *Isegoría* 46 (julio-diciembre 2011): 545-573.

Domínguez, María Isabel. "Identidad Nacional y sucesión generacional en Cuba". *CLACSO*, 2003. <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/cuba/cips/caudales05/Caudales/ARTICULOS/ArticulosPDF/0109D008.pdf>> .

Gremels, Andrea. "Personificaciones de La Habana y París: posicionamientos (trans)culturales como formas de convivencia en la poesía de William Navarrete". *El Caribe como paradigma. Convivencias y coincidencias históricas, culturales y estéticas. Un simposio transreal*. Eds. Omar Ette, Anne Kraume, Werner Mackenbach y Gesine Müller. Berlín: Edition tranvía, Verlag Walter Frey, 2012. 369-379.

Ingenschay, Dieter. "Exilio, insilio y diáspora. La literatura cubana en la época de las literaturas sin residencia fija". *Angulo Recto. Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural* 2.1 (2010): 1-10. <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4865829.pdf>>

Jiménez, Marjorie. "Las máscaras del chiste racista". *Inter Sedes* 2.2-3(2001): 43-60.

Mackenbach, Werner. "Representaciones del Caribe en la narrativa centroamericana contemporánea: entre una perspectiva exterior y una perspectiva interior". *Revista Reflexiones* 82.2 (2002): 113-124.

Mackenbach, Werner. "¿De la identidad a la sociabilidad? Representaciones de la convivencia en las literaturas centroamericanas y caribeñas". *Trans(it)Areas. Convivencias en Centroamérica y el Caribe. Un simposio transreal*. Eds. Omar Ette, Werner Mackenbach, Gesine Müller y Alexandra Ortiz. Berlín: Edition tranvía, 2011. 176-189.

Morales, Esteban. "Cuba: Color de la Piel, Nación, Identidad y cultura: ¿un desafío contemporáneo?". *Universidad de La Habana: Centro de Estudios sobre Estados Unidos*, 2007. <<http://www.afrocubaweb.com/News/colordelapiel.pdf>>.

Ortiz, Fernando. *Contrapunteo del tabaco y el azúcar*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1983.

Pérez, Marifeli. “El exilio en Miami afronta los cambios de Cuba”. *Revista ARI* 95 (2003): 1-5.
<http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/america+latina/ari+95-2003>.

Sarduy, Severo. “El barroco y el neobarroco”. *América Latina en su literatura*. Coord. César Fernández. México: Siglo Veintiuno Editores, 1977. 167-184.

Valdés, Zoé. *El todo cotidiano*. Barcelona: Editorial Planeta, 2010.